

En respuesta, los miembros del ejido de Rincón Grande, mediante una estrategia que abarcaba varias escalas, optaron por tomar en sus manos el proceso de desarrollo local, pues con base en la conjunción, proyectos económicos individuales se adentraron con mayor fuerza en la producción hortícola y buscaron otras alternativas de financiamiento, muchas de ellas basadas en la utilización de remesas. También integraron en su esquema la transferencia tecnológica, traducida en la adopción de modernos procesos de producción y la utilización de sistemas de irrigación más eficientes que les posibilitara integrarse al mercado nacional hortícola.

No obstante las adversidades creadas por el entorno económico mundial y las instituciones gubernamentales, concluye el autor que en Rincón Grande se logró construir un proyecto de desarrollo local basado en la modernización agrícola y un financiamiento en gran parte sustentado en las remesas; en donde la suma de esfuerzos individuales y su articulación, la mediación social y la participación política aportaron un componente bastante importante.

Sin embargo, el proceso de desarrollo local ocurrido en Rincón Grande no fue tan incluyente como se pudiera esperar, pues produjo una reconfiguración de la organización del espacio agrícola que apunta hacia dos vertientes que contrastan entre sí: la creación y apropiación de mecanismos e instituciones que estimularon la cohesión social, producto de un proceso endógeno de desarrollo local, por un lado, y la desintegración territorial de los espacios y los grupos sociales de menor potencial productivo, por el otro.

María del Carmen Ventura Patiño  
EL COLEGIO DE MICHOACÁN

Enzo Traverso, *Los judíos y Alemania. Ensayos sobre la "simbiosis judío-alemana"*, pról. y trad. Isabel Sancho García, Pre-textos, Valencia, 2005, 245 pp.

Nuevamente en México damos la bienvenida a un libro del historiador Enzo Traverso. Una vez más la pluma del historiador refleja una lectura crítica, a la vez sensible y hospitalaria de un tema espinoso, doloroso en distintos sentidos.

Partiendo de la distinción arendtiana entre judíos *parias* y advenedizos (*parvenus*) el investigador recorre algunos nombres y personalidades (Hannah Arendt, Rosa Luxemburgo, Joseph Roth, Ernst Kantorowicz, Theodor Herzl, Walter Rathenau, entre otros) que son la clave para desentrañar el mito de la "simbiosis judeo-alemana". Esta expresión merece que nos detengamos. Vayamos por partes:

1) "Simbiosis": las metáforas biológicas aplicadas al plano social nunca fueron felices, y ésta no es la excepción. Normalmente estos tropos tienen por función predilecta vituperar a una de las partes. Términos como "parásito" o "cáncer" suelen ser los más comunes, de ahí que algunas "operaciones", es decir invasiones, se pretendan "quirúrgicas", aun cuando luego se convierten en prolongadas guerras de ocupación. En este caso, la ilusión de la metáfora –de intenciones "positivas", porque una "simbiosis" es una versión biológica de la mutualidad– tiene su origen en el sector menos favorecido (los judíos la impulsaron), y por eso mismo no se trata de un uso espurio. Sin embargo, no deja de revelarse a lo largo del libro como una argamasa de elementos ilusorios y siniestros, caracterizada por la omisión de la alteridad como clave de la relación entre ambas partes. Esta "simbiosis" –olvidadiza de las

diferencias— parece encontrarse en las antípodas de la “hospitalidad”.

2) El archisabido “prefijo” judeo- (que la traductora trató de salvar cambiándolo por “judío”, pero que el título original, con razón, conserva) suele ser caldo de cultivo de fusiones, es decir, de borradura de las diferencias. Así, ya conocemos las sospechas que despiertan palabras compuestas del tipo “judeocristiano” o, en este caso, “judeo-alemán”, que suelen usarse para caracterizar diversos aspectos de lo que se da en llamar “Occidente” (y del que nuestro “cercano Oeste” tiene mucho que decir).

3) El tercer elemento es el guión y anuncia una brecha que es un abismo. El guión que de algún modo separa “Oriente” de “Occidente” en el término compuesto en cuestión: “judío-alemán”. El gran guión que señala el despeñadero actual de ese otro odio del Otro, siempre “oriental” (cercano o lejano, según el caso). Locura europea de “aplanar la esfera” en un oxímoron llamado *planisferio*, de creer, hasta hoy, que las Indias están en América. Imposibilidad de entender por qué a ese otro —atractivo y traicionero— que ve en el espejo, por oscuras razones dio en llamar Oriente. Europa (y sin duda también la potencia americana que pretendió poner fin a la guerra por medio de dos bombas atómicas en el “lejano Oriente” y que actualmente puso la mira sobre otro enemigo semita, esta vez musulmán, en el Oriente Medio) siempre estuvo “desorientada”. Lo cierto es que ese guión clava el puñal de Occidente hacia Oriente y reclama una “reorientación” en la lectura de la historia en clave de alteridad (que de ninguna manera significa la fascinación por lo exótico).

4) El último componente, que domina al prefijo judeo-, es la admiración estética por la invención romántica de lo germá-

nico (que en el breve capítulo sobre Walter Rathenau se pone de manifiesto de manera trágica).

El título entonces anuncia una “y” (entre “los judíos” y “Alemania”) que tiene el sentido —para decirlo suavemente— de una disyunción entre Oriente y Occidente, con una imposibilidad —pretendidamente occidental— de dejarse interpelar por el Oriente (en este caso específico: de la relación del judío alemán con su orientalidad, sea la del *shretl* o la asiática, que es su origen).

Sin duda, los personajes más agradables del libro son los que se identifican bajo la “categoría” de “parias”. Prefiero entonces poner el acento en uno de los otros, de los *parvenus* o advenedizos: me refiero a Theodor Herzl, conocido como el fundador del “sionismo político”. Traverso le dedica pocas páginas, y creo que esto debería anunciar un trabajo mucho más detallado que mude su mira a la fundación “judeo-alemana” en Asia, del Estado de Israel. Apelando a la metáfora cabalística de la lectura de la “parte blanca” del texto, este libro promete (compromete al autor y al lector) a leer entre líneas la actualidad del explosivo “simbiosis judeo-alemana”, que no se reduce a decisiones gubernamentales europeas en torno a la memoria, sino que se desangra hoy en Oriente Medio. El pretendido “crisol” de diásporas al que invitaba Ben Gurion, y los fundadores del Estado de Israel, enmascaró la vergüenza judeo-alemana de su parte oriental (recordemos el sionismo poético medieval de Yehuda Haleví,<sup>1</sup> “mi corazón está en Oriente y yo me encuentro

<sup>1</sup> Filósofo (1075-1140), autor del *Sefer Hakuzari*. El poema mencionado —escrito en España— se considera precursor del sionismo.

en el fin de Occidente”). Los *ashkenazíes*<sup>2</sup> que se apoderaron desde el comienzo del rumbo del Estado-nación actuaron simétricamente al poeta medieval: cuando el cuerpo por fin se encontró en Oriente (Medio), sus corazones y sus mentes quedaron en Occidente (“medio”, también, Europa central). Después del holocausto (del que quienes se salvaron conocieron la mudéz, el estado de *infans* político), como bien señala Buber —quien era un sionista *diferente*—, los judíos-árabes eran quienes tenían la capacidad de *traducción* y de *palabra dada al otro* que habitaba y habita esa tierra. Se trata de la búsqueda en común en aras de una creación colectiva del Medio Oriente ofrecida al resto del mundo como alternativa a la *Realpolitik*, esto es, un Estado binacional. Los mismos judíos alemanes descritos por Traverso —en sus dos tipos— se encontraban en el movimiento sionista: unos, la mayoría vencedora, reproducían la cosmovisión del *parvenu*, esta vez negando el yiddish en aras del hebreo, avergonzándose del pasado de exilio que lo había engendrado; otros, una notable minoría, en cambio intentaban transmitir la memoria del *paria*, retornando al Levante para cumplir con un mandamiento bíblico que explica: “y recordarás que fuiste esclavo en Egipto”. En este caso se trata de otro “Egipto” esclavizante, “occidental e ilustrado” que ardía en el corazón de Europa.

Vale recordar en América Latina a Paulo Freire cuando describe la capacidad del oprimido de interiorizar al opresor (en este

caso, se trata del elemento judío que interiorizó al alemán): la parte, abrumadora mayoritaria, del movimiento sionista que se opuso al Pacto de Paz (*Brit Shalom*),<sup>3</sup> propuesto por Martin Buber y Yehuda Magnes, entre otros, lo hacía en nombre de ese mismo modelo político que intentó aniquilarla. La historia política se revela a menudo como historia de miopías cuando no de cegueras, y en general lo que se pierde de vista (y el ruido no permite escuchar) es el Otro. La historia tiene una veta perversa, y el débil estatuto de alteridad —del otro como amenaza— va alternando y tiene un rostro diferente según el lugar geográfico en cuestión. Porque la memoria siempre habla del presente y da su palabra al porvenir, aproximaciones críticas responsables como la de este libro brindan la *esperanza* de romper con el círculo perverso. El himno nacional del Estado de Israel se titula “la esperanza” (*Hatikvah*): tal vez ésta, resignificada, sea una clave para dejar de anticipar el futuro como “más de lo mismo”, y, al modo mesiánico, por respeto a esos antepasados “parias”, darle lugar a la alteridad como porvenir.

Silvana Rabinovich  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES  
FILOLÓGICAS-UNAM

<sup>2</sup> Si bien sociológicamente el gentilicio remite a judíos de Europa (central y oriental), cuya lengua era el yiddish, el significado hebreo del nombre *Ashkenaz* es “Alemania”.

<sup>3</sup> Movimiento político dentro del sionismo que proponía un Estado binacional, y que siempre exigió un diálogo con los palestinos.